

LA CALLE DE LAS CAMELIAS

MERCÈ RODOREDA

LA CALLE
DE LAS CAMELIAS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *El carrer de les Camèlies*

Traducción de José Batlló

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición en pocket Edhasa: marzo de 1989

Segunda edición: abril de 2018

© Institut d'Estudis Catalans, 1986

© de la presente edición: Edhasa, 1989, 2018

Diputación, 262, 2^o1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2178-4

Impreso en CPI

Depósito legal: B 7768-2018

Impreso en España

A la memoria de M. G.

I have walked many years in this city.

T. S. Elliot

I

Me abandonaron en la calle de las Camelias, al pie de la verja de un jardín. El sereno me descubrió de madrugada. Los señores de la casa me aceptaron, aunque dicen que de momento no sabían qué hacer: si quedarse conmigo o entregarme a las monjas. Por lo visto, mi forma de reír los cautivó y, como ya eran mayores y no tenían hijos, me recogieron. Una vecina dijo que tal vez mi padre fuera un delincuente, y que el quedarse con una criatura desconocida comportaba una gran responsabilidad. El señor dejó que las mujeres hablaran, me cogió, tan sucia como estaba y con el papelito prendido aún al babero, y me llevó a ver las flores: «Mira los claveles –aseguran que decía–, mira las rosas, mira, mira». Pues era primavera y todo estaba florido.

Pero lo más extraordinario fue que aquella noche floreció el cacto sin tierra. En el jardín de la parte trasera había una pared desconchada, de la que el enlucido caía a pedazos, formando previamente como burbujas, ya que por debajo las cochinillas trabajaban en la formación de sus madrigueras. Al pie de esa pared, cubierta de rosales, blancos los mejores, crecía un cacto gigante. Un invierno de nieve la tierra se heló y el cacto se secó de mitad para abajo, en tanto que la mitad superior siguió verde porque, como a escondidas, había ido arraigando en una grieta de aquella pared llena de rosales y cochinillas, y aquellas raíces se alimentaban con los ladrillos y la vieja mezcla, y daba vida al cacto que crecía hacia arriba, hasta rebasar la pared, como queriendo curiosear en el jardín de al lado. Y allí, en todo lo alto, la noche del día en que me encontraron, surgió una flor de hojas como oxidadas por la parte exterior y blancas como la leche más al interior, con una especie de cabellera desmelenada en el centro. La vieron porque era noche de luna y tenían las ventanas del comedor abiertas de par en par. Las ventanas eran tres y daban al jardín de la parte trasera, que se hallaba a un nivel inferior, habiendo que bajar unos cuantos escalones que arrancaban de la puerta de la cocina. La luna y la luz del comedor caían sobre la misma flor, y el

señor, que estaba cenando, de pronto dijo: «¿Qué es aquello?». Con el tenedor señaló hacia fuera y la señora se acercó a la ventana y dijo que era una flor y que no comprendía cómo no habían advertido antes el capullo. Ésa fue la primera. Yo estaba dormida. Cogieron una vela, bajaron los dos al jardín, se subieron a una escalera de mano que apoyaron en la pared y, según parece, cuando se encontraron cerca de la flor quedaron como encantados: tan hermosa les pareció. Mientras se acostaban, el señor, que se llamaba Jaime, dijo que quizá fuera como premio a la buena obra que habían hecho recogién dome; que Dios hacía acto de presencia floreciendo el cacto, que vivía de pared y mezcla. Pero lo más hermoso es que aquella flor parecía dormir de día y tan sólo se abría una vez al año, siempre coincidiendo con la fecha en que me encontraron, y todos los años los vecinos acudían a verla y tenían que apresurarse: tan efímera era.

Antes de la cena y de advertir la flor, se pasaron el día hablando de mí y mostrándome a todos los vecinos que llegaban a verme. Unos decían que eso de encontrar criaturas abandonadas no era nada extraño, aunque jamás habían visto ninguna, pero habían oído decir que las dejaban en el atrio de alguna iglesia, y nunca al pie de la verja de un jardín. Otros decían que las dejaban en la Inclusa, sin que

la monja que las recogía viera a la madre que las abandonaba, y se estremecieron cuando se les dijo que si el sereno me había visto fue porque advirtió cómo un perro negro me estaba oliscando. Primero me desnudaron de la cabeza a los pies y comprobaron que no tuviese alguna señal por el cuerpo, y me miraron y remiraron porque, en el sitio donde me dejaron, quedó una mancha oscura. Una de las vecinas, la señora Rius, les dijo que debía de tratarse de una mancha de sangre, que tal vez, al tiempo de abandonarme, mi madre se estuviera desangrando, y la señora de la casa, que se llamaba Magdalena, decía que no era posible, porque si hubiera estado desangrándose habrían encontrado manchas de sangre calle arriba o calle abajo, y aquella mancha era única. Insistían en que lo más raro de todo era que cuando me cogieron en brazos me reí y que una criatura risueña no era posible que tuviera unos padres malvados; que más probablemente yo era un caso de amor o de miseria, pecado de juventud, y una de las vecinas, que murió al poco tiempo, me cogió un pie, lo besó y dijo: «¡Pobrecilla!».

Entonces se pusieron a pensar en los meses que pudiera yo tener. El marido de una vecina dijo que no podían quedarse conmigo, que tenían que declararme a la policía. Le cerraron la boca diciéndole que eso vendría más adelante, que lo primero

era averiguar el tiempo que tenía. Unos decían que cuatro meses; otros, que no más de dos. A uno le parecía que cinco, y por fin convinieron que lo más seguro es que tuviera tres meses, y me quitaron el papel que llevaba prendido al babero con un imperdible. Era un trozo de papel, rasgado de cualquier manera, sobre el que había escrito un nombre con lápiz: Cecilia Ce. Dicen que se notaba que había sido escrito por una persona que no sabía mucho de letra, pero el señor, que se fijaba en todo, advirtió que Cecilia estaba mejor escrito que Ce. Y eso quería decir que la persona que había escrito mi nombre no pudo terminar de escribirlo porque se notaba que, cuando estaba escribiendo Ce, la mano le temblaba, y que lo había escrito llorando. Y, por respeto, en el registro me pusieron tal como iba escrito: Cecilia Ce.

II

A veces, después de cenar, la señora Rius venía y, si ya me habían acostado, entraba de puntillas en la habitación y me santiguaba de la cabeza a los pies para que la señal de la cruz me protegiese. Yo la oía casi

siempre, pero me hacía la dormida, y si alguna noche se olvidaba y no venía, no lograba conciliar el sueño esperándola. Las demás vecinas me daban un poco de miedo. Por las tardes, sentada en el primer peldaño de la escalera que daba al jardín trasero, si hacía buen tiempo, o detrás de la puerta de la cocina, si hacía frío, escuchaba lo que decían. Las voces salían por la ventana o bien se oían lejanas, detrás del grosor de la madera. A menudo hablaban de mis padres. A veces, conjeturaban que mi madre debía de ser una artista de esas que cantan canciones, cuatro pasos adelante, cuatro pasos atrás, y van con tantos hombres como se les antoja y un buen día se encuentran con un niño sin saber quién lo ha hecho. Otras veces decían que debía de ser una marquesa que fue a tenerme lejos, a la frontera, pretextando que iba a tomar los baños, y me había dado a criar a una persona menesterosa, luego había muerto y la persona menesterosa que me criaba, sin dinero, se había deshecho de mí de la mejor manera que pudo. Un día la señora Magdalena les dijo que alrededor del mes de abril del año en que me encontraron, una mujer vestida de negro, con un pasador brillándole en el pelo, se había detenido unas cuantas veces para mirar al jardín, siempre por la tarde. Ella no lo tuvo en cuenta entonces, pero ahora que lo recordaba, lo encontraba raro. Y dijo que

aquella mujer llevaba un niño de pañales en brazos, que debía de ser yo, y que seguramente andaba buscando sitio donde dejarme, y que había escogido la verja de su jardín porque, aunque no fuera la verja de una gran residencia, parecía de gente acomodada y con un corazón más grande que el de los propietarios de un gran palacio: se advertía por las flores, en gran cantidad y muy bien cuidadas. La señora Rius siempre decía lo mismo: que habían hecho mal inscribiéndome con el nombre que llevaba en el papel, porque cualquier día mis padres, si vivían, se presentarían a buscarme y me llevarían con ellos. Le contestaba que no, que nadie quiere a las criaturas una vez que se las ha abandonado, porque aunque ya estén criadas se sabe que dan más penas que alegrías. Y que ni de mayores llegan a compensar los quebraderos de cabeza que han causado. Y un día la señora Rius llegó con dos sábanas viejas y dijo que podrían servir para mí. Y para siempre me hicieron aprovechar las sábanas viejas.

Sentada en el peldaño, iba creciendo. Escuchaba cuanto decían aquellas señoras, que no me gustaban, veía caer y revolotear las hélices del arce y miraba al sol por encima de los rosales. De improviso oía al señor Jaime que decía: me voy al mirador. Apenas había salido se ponían a hablar de mi padre. El señor Jaime siempre exponía que debía

de ser músico, y que a ello se debía el que me hubiera puesto Cecilia. Ellas aseguraban que sería un hombre muy malvado y que yo tenía orejas de criminal, con el lóbulo pegado a la mejilla, y que quien me puso el nombre debió de ser mi madre, y que me lo había puesto instintivamente y le había salido un nombre triste. Yo pensaba en las hélices que caían revoloteando y quedaban extendidas sobre el suelo, como yo. Y empezaron a molestarme las orejas. Me las tocaba. Decían que mi padre sería uno de esos hombres que desean matar a la reina, de esos que ponen bombas al paso de los trenes, de los que roban, de los que parecen vivir tan sólo para prenderle fuego a todo. Que mi madre me había abandonado porque mi padre se encontraba en la cárcel. Y todas se lo imaginaban caminando leguas y leguas por los caminos, con una cuarta de polvo, un guardia civil por banda y las manos esposadas. Tan peligroso lo pintaban. Decían que quizá fuera joven, y cuando se hartaban de considerarle mala persona, conjeturaban que tal vez fuera un viejo de alta alcurnia, cargado de duros y de vicios.

Algunas tardes se presentaba una señora pequeña y vieja, con las mejillas como seda arrugada y con ojos azules de porcelana, siempre asustada, y que sólo venía de vez en cuando porque vivía lejos. Según ella, mi padre sería un pobre estudiante y mi

madre una pobre muchacha puesta a servir a los catorce años. A veces la obligaban a enseñar la cicatriz que llevaba tapada con altos cuellos de tul, sostenidos por ballenas. Había sido bonita y su amante la hacía comer descalza y, a los postres, le hacía poner los pies encima de la mesa y se los llenaba de besos. Terminó por clavarle un puñal en el cuello, y ella había tenido fuerzas para arrastrarse hasta el balcón y pedir auxilio, dejando tras sí un río de sangre. Un día, la señora Rius le preguntó si su amante tenía el lóbulo de la oreja pegado a la mejilla, y ella dijo que sí, y yo, sentada entre ellas, miraba los codos de la señora Magdalena, que me asqueaban porque los tenía rojizos. Mientras los miraba, la señora Rius me golpeó en la mano y me dijo que no me tocara más las orejas. Y aún recuerdo el día en que el color morado entró en mi vida, una tarde de verano con todas las persianas echadas, entrando la luz sólo por entre las rendijas. Vino una señora alta, vestida de violeta, y un velo con una peca de terciopelo debajo mismo del ojo, con violetas en el pecho y zapatos de color morado, y mientras pasaba su mano por las violetas del pecho dijo que mi padre tenía que ser un hombre como hay pocos, porque yo tenía cara de ninfa y de santa, y que el trabajo que tendría con los hombres cuando fuera mayor daría miedo.

El señor Jaime y la señora Magdalena querían que los llamara padrinos, pero nunca lo hice. Tenían dos primas mellizas y, aunque algo mayores de treinta años, eran alegres y presumidas y tenían los codos bonitos. Una se llamaba María-Cinta; la otra, Raquel. La que se llamaba María-Cinta tenía un amigo muy rico y coche, un coche negro, color avellana por dentro, y cuando el coche estaba aparcado delante de la casa, los vecinos, a escondidas, miraban al chófer que se paseaba arriba y abajo esperándola. Siempre iba al Liceo. La que se llamaba Raquel tenía un amigo más pobre. Costaba mucho trabajo distinguir cuál era una y cuál la otra, pero finalmente aprendí a identificarlas porque una vestía muy llamativamente y la otra no tanto. Y por las joyas: María-Cinta tan sólo llevaba brillantes. Raquel, un collar de perlas pequeñas con una perla mayor que colgaba del centro. María-Cinta a veces me cogía la cara y me decía que me parecía a alguien que ella conocía, pero que no podía recordar quién... Un día me cogió de la mano y me la miró por el dorso y dijo que antes no se había fijado, pero que no había visto jamás una mano de niña como la mía, tan hermosa; que era la mano de una criatura cuyo padre era pianista. Y yo me eché a llorar.

III

Andaba muy despacio, pero la arena crujía y la cancela rechinó al abrirla. Ellas estaban hablando en la cocina. Pensé que el ruido las pondría sobre aviso y que se me echarían encima y me encerrarían para que no pudiera escaparme, y que me moriría encerrada aunque golpease con los puños y con los pies. Y que muerta y tendida para siempre, nunca podría ir en busca de mi padre. Había salido a buscarlo porque la noche anterior, despierta aún, había visto caer del techo una lluvia de estrellas de todos los colores y, entre tantas estrellas, confusamente, había visto su cara.

El jardín estaba lleno de sol y las plantas tenían las hojas marchitas. Al pasar frente al estanco, la estanquera salió a regar la acera y me preguntó adónde iba. Eché a correr sin contestarle, y no sabía si los saltos del corazón se debían a que me había visto o a que era la primera vez que salía sola. Corría calle abajo por el lado del sol y mi sombra me perseguía, medio encaramada en la pared. Al cabo de mucho rato de andar, las sienes me palpitaban como un reloj, y me detuve frente a un jardín lleno de hortensias florecidas. A la entrada de la casa, junto a tres escalones de mármol con vetas oscuras, había un palo

con otro atravesado y, encima de éste, un pájaro blanco con la cresta rosa, el pico torcido hacia adentro, hacia el cuello, y una pata atada con una cadena de latón. Estaba inmóvil y parecía mirarme. Me quedé embobada. De golpe, se echó hacia adelante, pegó un grito y las plumas de la cresta se le erizaron. Me sacó del embobamiento una voz de niña que preguntaba cuál era el nombre de aquel pájaro; era una niña rubia, con tirabuzones, e iba de la mano de un señor. Inmediatamente pensé que era su padre. Se habían parado a mirar al pájaro, que poco a poco fue volviéndose de espaldas. El señor había quedado en medio, entre la niña y yo; era alto y delgado, despedía un fuerte aroma a mimosa y llevaba en los puños de la camisa una piedra azul oscuro que de vez en cuando despedía un fuerte brillo. Le cogí una mano sin mirarlo y tuve que cerrar los ojos porque parecía que todas las cosas se estuviesen moviendo. Cuando abrí los ojos de nuevo, vi que la niña de los tirabuzones se había acercado a mí y me miraba. Sin decir nada, dio un golpe muy fuerte con el dorso de su mano entre mi mano y la mano de su padre, y tiró de él para llevárselo de allí. Se fueron calle abajo, y yo no entendía por qué aquel señor, en vez de irse con la niña, no la dejaba mirando al pájaro y se me llevaba con él. Los seguí durante un rato. De vez en cuando la niña daba un salto y los tirabuzones le on-

deaban, y cuando daba el salto su padre le tiraba del brazo y la hacía subir más alto. Me cansé de seguirlos y fueron volviéndose pequeños. La niña de los tirabuzones llevaba una falda plisada y era de piernas delgadas.

Me costó bastante encontrar mi casa. Apenas llegar, corrí a mirarme el pelo. En la sala, encima de la mesita que estaba junto a la ventana, había un espejo de corazón. El marco era de flores de cristal color de rosa con hojas de cristal verde. Levanté una punta de la cortina y la puse encima del respaldo de una butaca para que entrara más luz. Tenía el pelo brillante, de color castaño. Di un salto para que el pelo me ondeara, pero la cara se salió del espejo y no pude verlo. Lo sentí caer contra mi cuello, lacio y triste. Tan triste como yo. Porque yo estaba llena de tristeza. Puse la cortina en su lugar, me senté en la butaca y estuve durante mucho rato mirándome las manos.

Al atardecer, subí al mirador. No había subido nunca y recuerdo que aquel día fue el primero porque aún me duraba el miedo de que la estanquera hubiese dicho que me había visto huir de casa. Me acompañó el señor Jaime. Empezamos a subir la escalera que conducía a la azotea y antes de llegar arriba del todo me dijo que me cogiese a sus pantalones para que no me cayese. El final de la esca-

lera estaba oscuro y me explicó que desde hacía años quería poner allí una bombilla. Quitó una barra de hierro, corrió un cerrojo, bajó un escalón para poder abrir la puerta, que se abría hacia adentro, y salimos a la azotea.

Al mirador se subía por una escalera de madera sin baranda, que arrancaba del centro del desván. El mirador tenía ventanas por los cuatro costados. En la que daba a la calle de las Camelias, había un asta para la bandera. En los pocos pedazos de pared que quedaban entre tanto cristal, había láminas colgadas: una señora con corpiño de seda azul que volaba, un hombre barbudo rodeado de serpientes, una mano abierta muy grande y toda rayada, y el hombre despellejado, visto de frente y de espaldas. El señor Jaime hizo que las mirara una a una y luego me dijo que yo no iría al colegio, que él me enseñaría todo cuanto una niña tiene que saber y más. Se sentó en una butaca amarilla que arrastró hasta la lámina de la mano cortada y con una caña americana que antes de subir arrancó de un matorral que había en el jardín trasero, me señaló el montecito que se veía en el interior de la mano y me preguntó cómo se llamaba. Me lo preguntó tres veces, y a la tercera me lo dijo y me lo repitió tres veces porque, de aquel modo, me explicó, los nombres que tenía que aprender se me quedarían

grabados en el cerebro. Me dijo que por las tardes, mientras ellas charlaban abajo, él miraba al cielo. Y que iba girando la butaca hasta completar una vuelta entera, a fin de poder mirar un rato por cada ventana. La de poniente la última.

IV

Cual la bufanda azul que el señor Jaime se ponía al cuello al primer viento frío y no se quitaba hasta que llegaba el calor, así llevaba yo una bufanda de fiebre, ancha y floja, que me ahogaba. El médico me ponía el mango de una cuchara sobre la lengua y me obligaba a enseñarle la campanilla. Las medicinas me mareaban y me quemaban, y cuando me adormecía entraba la señora Magdalena y me daba tila para que sudase. Todo estaba caliente y todo tenía mal sabor, y las voces de ellos llegaban cansadas de atravesar cortinas y cortinas de tela empapada. Veía sus caras borrosas, como la de mi padre el día que la vi entre las estrellas. A veces, sólo les veía los ojos; a veces, sólo la boca. Cuando oscurecía, la fiebre aumentaba y toda yo era una hoguera, y la bufanda me estrangulaba y quería

quitármela y movía las manos sin encontrar nada: como si pelease con humo. Cuando me levanté fue como si me hubiesen cambiado las piernas: no me sostenían para andar ni para correr ni armar ruido. Parecían de alambre arrugado y se estiraban y encogían conmigo, mecida y mareada en lo alto.

La culpa de todo la tenía el haberme escapado de casa para ir al Liceo. La señora Magdalena me había puesto una butaca junto a la ventana y un cojín en la espalda con una funda llena de encajes y lazos. Sentada horas y horas veía la punta final del cacto, color de ceniza, apuñalado por amarillos pinchos de dentro afuera. La señora Magdalena me ponía la comida sobre una mesita y, sin mirarme, y a veces mirándome como si quisiera aprenderse de memoria, me decía que había tenido suerte de caer en tan buenas manos, que según a donde hubiera ido a parar, me habrían hecho pagar el haberme escapado de casa haciéndome cardenales por todo el cuerpo de la paliza que me hubieran dado. Pero a los vecinos no les hablaba del Liceo, les decía que estaba enferma porque su marido me obligaba a estudiar demasiado, con temas muy difíciles para mi edad, pero que peor sería si me mandaran a las monjas, porque las niñas enseguida se darían cuenta de que sólo Dios sabía de dónde procedía. Y harían conmigo como las perras que tienen crías y no quieren

criar un gato aunque se lo pongan debajo de la barriga por sorpresa, y tendría que haber dejado de ir al colegio de tanto como me hubieran martirizado.

Y yo estaba enferma porque el haberme escapado me había hecho padecer mucho. Muerta de miedo por hacer una cosa que no debía hacer, pero loca al mismo tiempo por hacerla; y la angustia, a la hora de la vuelta, de no saber encontrar la casa. Desde la tarde en que salí a buscar a mi padre, aunque nunca supe si se habían dado cuenta, cerraban la cancela con llave. Decían que corrían ladrones por el barrio, que había que vivir encerrados a cal y canto. Yo miraba aquellos hierros que me impedían la salida, y un día pensé que escalaría la pared y huiría calle abajo. Pasaba muchos ratos arrancando las púas de la buganvilia y del rosal que cubrían todo un lado de la verja para que, cuando subiese por ella para escaparme, no me arañasen. La verja terminaba con unas púas muy agudas, pero yo subí solamente a la parte baja, sobre el friso de aros. Después de tomar aliento, me cogí a una rama del olivo de los vecinos y, a pulso y con mucho esfuerzo, me levanté y me senté en el muro de al lado, que tenía bastante grosor. Poco a poco, cogiéndome bien, me tendí en el muro y me dejé deslizar hacia abajo con las manos bien asidas. Cuando los pies estuvieron sobre tierra firme tenía las rodillas de-

solladas y me temblaban las manos. Sufría mucho. Lejos ya de casa, le pregunté a una vieja, que estaba sentada en un banco haciendo punto, cómo se llegaba al Liceo, y la vieja me dijo que siguiese siempre hacia abajo. Llegué a un paseo ancho, con árboles a ambos lados. Me pareció que me había perdido y me detuve. Enseguida llegó hasta mí el aroma que bajaba de las ramas. Un aroma fresco. Y pensando en ello, aquel aroma fresco se mezclaba con el cálido de mis calenturas de enferma. Había oscurecido y todo estaba lleno de luces y ruidos. Volví a andar durante mucho rato. Los días en que tuve más fiebre, con una especie de ojos que habían crecido en mi interior, veía la pechera azul y las plumas de los que guardaban la entrada, y el pico de los pájaros de oro que producía la luz, y el rojo de los terciopelos, y aquel hombre jorobado y viejo entre los señores endomingados, y con medias, que cantaba y cantaba sin cesar. Y los pájaros de oro, las plumas, las pecheras azules y los rojos terciopelos se fundían con la fiebre y se esfumaban como las cosas que vemos un instante antes de dormimos, hasta que, poco a poco, entre nieblas que se adelgazaban, iba acercándose, como si fuese de fuego y agua, una cruz de brillantes.

Yo solamente quería ver cómo entraban los músicos, pues deseaba saber cómo eran, pero la gente

me había arrastrado: señoras con tules y vestidos de seda; señores con una flor blanca en el ojal y una cinta brillante a cada lado de los pantalones. Un chico que abría las portezuelas de los coches, después de mirarme un rato, me preguntó qué hacía. Era un chico andrajoso, con un mechón de pelo grasiento cayéndole sobre la frente. Le expliqué que quería ver a los músicos, y él me dijo que no podría verlos, que ya habían entrado por otra puerta. Y se reía como si estuviera lleno de alegría, y cuando la fiebre se me comía veía aquel mechón de pelo y las dos hileras de dientes blancos. La gente nos separó y me fue empujando hacia dentro. Mientras me escaldaba la lengua con las tazas de tila veía zapatos de brillantes y pieles de pelo muy largo, como si los más hermosos animales hubiesen ido a escuchar los cantos, y aquel vestido ceñido con flecos de lentejuelas rosas de arriba abajo, que producían un ruidillo; había estirado el brazo para tocarlos y habían huido de entre mis dedos. Y todo cuanto había visto me producía dolor. Decían que estaba muy enferma y que me costaba tanto trabajo respirar porque el frío se me había metido dentro. Debió de ser cuando me detuve bajo el toldo naranja de aquel café tan enorme. Me quedé allí mirando a la gente porque no sabía adónde ir. Me habían echado del Liceo por el cogote, como si fuese un gato. No me habrían visto

si me hubiese quedado sentada, pero me levanté y fui pasillo adelante para ver a los músicos que tocaban hundidos en el foso. Y mientras me sacaban, uno de los que llevaban la pechera azul y las plumas en la cabeza se echó a reír como si la cosa le hiciera mucha gracia.

En la terraza de aquel café había señoras que se parecían a María-Cinta: vestidas de negro, escotadas, con una pierna sobre la otra y con aquel encaje de tul blanco y rizado que les asomaba por debajo de la falda. Algunas, allí donde se les formaba la línea entre pecho y pecho, llevaban colgada con una cadenita una cruz o una piedra preciosa. Fue María-Cinta la que advirtió mi presencia y luego siempre dijo que cuando me vio le pareció estar viendo visiones. Se levantó como si la hubiesen pinchado y vino hacia mí, y cuando me preguntó qué estaba haciendo allí, no pude contestarle porque estaba mirando aquella cruz de brillantes que no le había visto nunca. Y María-Cinta y su amigo, que era alto y tenía el cabello gris en las sienes, me llevaron en aquel coche que dejaba boquiabiertos a los vecinos, cuando ya creía que iría hasta el mar y me caería dentro porque un hombre me había dicho que si andaba demasiado hacia abajo me caería al mar. Y que el mar quiere niñas. Y el señor de María-Cinta despedía olor a humo de ta-

baco, y olor a olor, y me sentó en su regazo, y mientras el coche corría y la luz de los faroles entraba y pasaba, metí una mano entre su americana y su chaleco, bien arriba, bajo su brazo, y la dejé allí dentro. Y la mano y yo nos encontrábamos bien.

V

La primera tarde que volví a subir al mirador, vi una estrella muy grande hacia el lado de las montañas. El señor Jaime se acercó, miró hacia donde yo miraba y me dijo que la estrella brillante era la mía. Y me hizo saludarla con la mano. Aquellos días, cuando el calor apretaba más, leíamos en el jardín y, cuando refrescaba, regábamos. Tenía las piernas casi tan fuertes como antes y podía saltar y correr. Había aprendido muchas cosas. Ya sabía los nombres de todos los huesecitos de las manos y de los pies, y muchas noches, antes de dormirme, los pronunciaba y me gustaba acordarme de ellos. Sabía ya sumar, restar y multiplicar, aunque no dividir. Sabía los nombres de los ríos y de los mares. El nombre de muchos árboles. Pero nunca podía recordar de qué estaba hecho el aire. Ni el agua. Re-

gábamos cuando el sol se ponía para que no hiciese hervir la tierra y matase las plantas. Parecía que el sol fuera a quedarse para siempre, casi encantado, en la punta más alta de las hojas de la jeringuilla que sólo lo veía cuando se marchaba. Yo regaba las orillas, las plantas pequeñas. Él regaba las plantas mayores y las camelias, tan delicadas, porque solamente él sabía cómo había que echar el agua para que no se esparciese la tierra. Las camelias crecían a un lado de la verja; al otro lado estaba la buganvilia. Las tenía dentro de cubas llenas de tierra de castaño y las cubas estaban enterradas y cubiertas por una capa de tierra muy fina. Camelias rojas y camelias blancas, camelias atigradas en rosa y blanco, clavadas sin tallo en las ramas, como muertas. La última cosa que regábamos eran los lirios, todos ellos en el parterre del centro.

Un día que estaba sentada con la nariz metida entre las páginas de un libro, sentí que alguien me miraba desde la verja. Solamente veía una sombra que iba arriba y abajo, pero me quedé quieta como si no lo advirtiese. Por la noche pensé que tendría que haber mirado quién era. Al cabo de unos días volvió a pasarme lo mismo, pero antes oí un silbido. Levanté los ojos y vi a un muchacho. El sol me daba de cara y no me permitió verlo lo bastante bien. Era un muchacho andrajoso, con un mechón

de pelo sobre la frente. Nos miramos durante un rato sin decir palabra y, finalmente, cuando le reconocí, me acerqué a la cancela y le pregunté cómo había averiguado dónde vivía. Él me dijo que la noche del Liceo me había seguido cuando me echaron, porque me vio tan pequeña que sufrió por mí; que cuando aquel señor y aquella señora se me llevaron en el coche, él se había encaramado detrás. Me dijo que había venido muchas veces porque le gustaba mirar los jardines pequeños, jardines con casa; él vivía con su hermano mayor en una barraca. De súbito me llamaron desde dentro y él corrió como si le persiguiesen.

Todavía recuerdo que aquella tarde, cuando el sol se ponía, en vez de regar, el señor Jaime hizo que me pusiese un vestido limpio y fuimos a comprar plantas a casa del jardinero. Nos quedamos parados delante del escaparate: había rosas con un lado de los pétalos color de calabaza y con el otro lado de un amarillo de retama. Rosas con el interior oscuro y el exterior claro. Había otras enanas, capullos por abrir, y rosas de té de un color entre rosa y lila. Había una roja, sola, y de las más rojas, con cuatro gotas de agua por las hojas, como si llorase. Cuando entramos no había nadie y el jardinero tardó un rato en aparecer. Tenía las manos sucias de tierra, grandes y con los dedos medio

agarrotados, pero cuando cogió una flor lo hizo como si temiese estropearla, como si la hubiese hecho él sin saber cómo, pero seguro de que, si la cogía descuidadamente, se le desharía entre los dedos, y por eso la cogió delicadamente tras de haberse limpiado las manos en los pernils del pantalón. La abrió soplándola y la sostuvo abierta con las puntas de los dedos para que viésemos el color que los pétalos tenían en su nacimiento. El señor Jaime le dijo que nunca había logrado hacer crecer varas de nardo en su jardín, que quizás el aire no soplara de la forma que las flores querían para estar contentas. Entonces el jardinero colocó en el jarrón, con las demás, la flor que tenía el interior de un color especial y dijo que le acompañase. Cruzamos la tiendecita y un pequeño patio, subimos cuatro peldaños y salimos al campo de las flores. Había planteles, plantas pequeñas a punto de crecer, dispuestas en rectas líneas tiradas a cordel, y fuimos hasta el centro del campo, separado de la otra mitad por una espesa pared de bolas de nieve, y antes de cruzar aquella pared verde ya nos llegó el aroma de la gran sábana de las varas de nardo. El señor Jaime se quitó el sombrero, dejó caer el brazo contra el muslo, como si brazo y sombrero se le hubieran vuelto de plomo, y, muy bajito, murmuró: Dios mío...

Compramos un rosal de pie, redondo como una bola, que tenía muchas rositas abiertas. Lo llevaba en brazos y me dijo que tuviera cuidado con las piedras que pudiera haber en el camino, que las apartase, porque él podía tropezar y que no veía nada. Enseguida fuimos a plantar el rosal al pie de la escalera de la cocina. Las rositas formaban pomos, pero eran de un rosa que tiraba a blanco en las flores más abiertas. Nacían de color de rosa y se iban volviendo claras a la hora de morir. Y cada rama era un ramo con muchas rositas abiertas y muchas cerradas. El señor Jaime, para ver si había plantado el rosal bien derecho, se arrodilló, consideró que estaba derecho y me hizo ir en busca del tintero. Hizo que lo sostuviera y con el rabo de una hoja bien empapado borró el nombre que el rosal tenía escrito en una tablita amarilla atada al tronco con un alambre y se puso a escribir en el lado de la tablita donde no había nada escrito. Hizo que lo leyera: Cecilia.

Muchas noches, cuando hacía buen tiempo, salía al jardín a esperar el amanecer. Por el rosa.